LA GENERACION DE MENENDEZ PELAYO

Desde 1850 a 1860 ve por vez primera la cruda luz española una gavilla de hombres rigurosamente insólitos en esta tierra romance, o al menos de metal largo tiempo desusado entre nosotros. En 1852 nacen Ramón y Cajal, Hinojosa, el bacteriólogo Ferrán y el cirujano Ribera. En 1856 da en Santander su primer latido el corazón de Menéndez Pelayo, un año después de que el anatomista Olóriz abriese en Granada sus ojos. Ribera el arabista nace en 1858 y el fisiólogo Gómez Ocaña en 1860. Algún otro nombre podría ser añadido a la lista (el de Turró, por ejemplo), y más de alguno si esa relación de hombres de ciencia se ampliase con otra de escritores, pintores y políticos (1).

---

(1) En 1851 nacen doña Emilia Pardo Bazán y el P. Coloma; en 1852, *Clarín;* Maura y Palacio Valdés, en 1853; Canalejas, en 1854; Manuel Reina, el poeta premodernista, en 1856, y M. B. Cossío, en 1858. Reina y Cossío representan la transición a la promoción siguiente, la "del 98"; Reina hacia su línea modernista, Cossío hacia su castellanismo casticista. A esta serie deben añadirse los nombres del grupo finisecular de Barcelona.

Ninguno de los curiosos o preocupados por la historia de la España contemporánea se ha cuidado hasta ahora, que yo sepa, de distinguir la existencia de una "generación o promoción de la Restauración", si vale emplear tan detonante nombre. Tampoco pasó por las mientes de quienes formaron ese hipotético grupo colgarse sobre la levita el rótulo citado, porque en aquellas calendas sólo muy vagamente se hablaba de la generación como fenómeno histórico y, por lo tanto, estaba lejos aún la moda de empaquetar a los hombres bajo esa rúbrica. Sólo la aguda conciencia histórica de Menéndez Pelayo —despierta ya, por extraño que parezca el suceso, incluso en sus años polémicos— advirtió con intuición segura que hacia 1876 iniciaba su vida propia una generación española distinta de las anteriores. No menos de tres veces habla en *La Ciencia Española* de "nuestra generación" (2) un mancebo sólo con hombres maduros amistado (Milá, Lloréns, Valera, Laverde) y a cien leguas de saber, con saber tanto, que en Zaragoza está disecando Ramón y Cajal, crudo mozo y futuro renovador de la Medicina española, o que por entonces se asoma a los manuscritos árabes el valenciano Julián Ribera, piedra miliar en la historia del arabismo español. Algo barruntaba, sin embargo, el madrugador santanderino. Dando hoy acabada expresión, con una perspectiva de casi setenta años, al diligente atisbo de Menéndez Pelayo, me atre-

(2) *Ciencia*, I, 87, 114 y 202. "Quizá esa generación (que aún está por ver) —dice Menéndez Pelayo, hablando de la suya y contraponiéndola a la de los políticos e intelectuales de la primera República— no competirá *en sal, en garabato, en aire y chiste* con la dorada juventud que hoy puebla los Ateneos y habla con sublime aplomo de *transformar el Cristianismo*, como si se tratase de remendar unos calzones viejos..."

vo a deslindar un grupo relativamente homogéneo —me refiero, como es obvio, a cierta actitud histórica profunda, no al peculiar ademán político o a la singularidad científica de cada uno—, formado por casi todos los españoles vocados al quehacer intelectual cuya obra empieza entre 1875 y 1885, esto es, en el orto de aquella "paz chiquita" que trajo la Restauración de Sagunto.

Las notas que definen la singularidad de ese grupo son, como en toda definición, negativas y positivas, de contraste y de contenido. Contrasta la actitud de este grupo, en efecto, con la de los españoles que inmediatamente le preceden. El propio Menéndez Pelayo dirá con toda explicitud: "La generación presente —habla Menéndez Pelayo, ya se comprende, de los hombres maduros de su tiempo— se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente —es decir, la suya—, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas" (3), y en los laboratorios, hubiese añadido Ramón y Cajal. El mozo polemista percibía con toda claridad que los padres de su generación —o, al menos, la fracción de ellos despierta a la Historia— habían consumido en lucha armada ineficaz o en escasamente informado verbalismo el fuego innegable de una sincera emoción histórica.

Será patente el contraste unos lustros más tarde, cuando el problema real de la España entonces presente —y no, como hasta entonces, el problema ideal

(3) *Ciencia,* I, 114. En otro lugar habla también de su generación y pondera su afán "de dar culto a la razón discursiva y estimar su libre ejercicio" (*Ciencia,* II, 71).

de la España pasada— tome figura y urgente expresión en el alma de los españoles. Esto es, cuando se imponga, hasta hacerse tópico, el tema de la "regeneración española", el más característico de la España de 1900. Inventan tan asendereado tema hombres nacidos en el decenio anterior: Costa nace en 1846; Macías Picavea, en 1847, y Galdós, algo "regeneracionista" también en su literatura, en 1843 (4).

¿Qué representa en su raíz este movimiento de la "regeneración"? ¿Qué son los hombres que la propugnan? Si se prefiere la concisión al fárrago, la primera de esas dos preguntas puede ser contestada así: la inquietud "regeneradora" es la versión del arbitrismo español que corresponde a los supuestos del nacionalismo democrático.

Vieja planta es en España el arbitrismo. Desde que se nos torcieron los negocios políticos, va para tres siglos, muchos fueron los españoles —raza despierta, imaginativa e incontinente de pluma como pocas— que a la luz del clásico velón, del romántico quinqué o de

---

(4) No pretendo decir que Galdós escribiese novelas al servicio expreso de esa tesis. Pero las novelas "sociales" y "religiosas" de Galdós (*Fortunata, Misericordia, Nazarín, Doña Perfecta,* etc.) pintan el medio español tal como lo vieron todos los arbitrismos regeneracionistas. El Galdós maduro es un novelista que proyecta en su obra su "ideología", un novelista "ideólogo"; y aunque todo novelista es un poco "ideólogo", hasta los que, como Stendhal, pretenden hacer de sus novelas espejos, hay diferencias en la intensidad y en el modo de serlo. Compárese su actitud con la menos "ideológica" —menos genial también— de Palacio Valdés, de doña Emilia Pardo Bazán y hasta de *Clarín,* los novelistas de la promoción inmediatamente posterior. La producción de estos últimos está ganada por la blandura de la España de la Restauración, en la cual abrieron por vez primera sus ojos literarios. Hasta la mordacidad de *Clarín* es una mordacidad convencional, entre doméstica y "de sociedad".

la bombilla reciente se sentaron ante el pintado pino, y esto quiero, esto no quiero, fueron inventando recetas para remedio de todos los males políticos y sociales, desde las que curan los duelos y quebrantos de la hacienda pública hasta las que perfeccionan la siembra a voleo o alivian el paro forzoso.

Este escorzado diseño no supone una desestimación absoluta de cuanto los arbitristas pensaron y propusieron. La verdad es que muchas de sus recetas distaron de ser las cavilaciones disparatadas del demente o las arbitrarias construcciones del varón meditabundo y solitario. ¿Acaso no fueron arbitristas políticos y sociales Jovellanos y Balmes? Por otro lado, la actividad de arbitrista denota una nobilísima contextura del alma. El arbitrista lo es en cuanto ha sentido en su costado, penetrante y dolorosa, la lanzada de los males patrios. ¡Cuánta inicial amargura, cuánta ingenua esperanza hay dentro de esos innumerables memoriales en que su autor, con la soltura de quien fabricase pajaritas de papel, resuelve a fuerza de pluma el problema de la enseñanza o el de la repoblación forestal! Para el arbitrista, España o una parcela de España se han hecho acuciante problema. ¿No son de estimar estos ingenuos e ingeniosos hombres, capaces de vivir con dolor o desazón a España, cuando tantos y tantos la vivieron como mera costumbre o la hicieron campo de personal granjería?

Si esto debe pensarse de todos los arbitristas, incluso de los que aplicaron su providente ingenio a resolver menudos problemas de Hacienda o de arte militar, con mucha más razón cabe decirlo de los que inventan, proclaman o apostillan el tema y las recetas

de la "regeneración". Unas cuantas notas permiten definir con suficiencia la actitud de todos ellos.

La primera es la materia del problema que se discute. Más que con los estentóreos temas intelectuales y políticos del siglo XIX español —la relación entre la ciencia y la fe, el liberalismo, el progreso, la Inquisición, etc.—, los "regeneracionistas" se enfrentan con los problemas internos de la España real: el problema social, la enseñanza, la producción agrícola y otros del mismo corte. "La mitad de la obra reconstituyente —escribía Macías Picavea— hállase representada por la *política hidráulica,* civilizadora de nuestra tierra; la otra mitad corre a cargo de la *política pedagógica,* civilizadora de la población" (5). No es un azar que el "reconstituyente" catedrático vallisoletano dedique su libro a las "Representaciones del país productor", las mismas a que poco más tarde intentará dirigirse Costa.

Otro tanto puede decirse de este bronco y tonante oscense. Basta tal vez recordar que Costa comienza su campaña "regeneracionista" ante la "Asamblea de las Federaciones Agrícolas", en 1899, y que algo después intenta constituir una "Liga nacional de productores". Sus frases y consignas, tan fervorosas, tan sinceras y tan terriblemente agarbanzadas —"doble llave al sepulcro del Cid", "escuela y despensa", etc.—, revelan inequívocamente un resuelto desvío desde los verbalismos ideológicos de 1870 hacia ese terreno político que suele llamarse de "las realidades". "Los españoles —decía Costa con poderosa frase— sienten hambre de pan, hambre de instrucción, hambre de justicia." Eran su tema las necesidades que él creía "real-

(5) *El problema nacional,* Madrid, 1899.

mente" sentidas por los españoles de su tiempo; y, a su juicio, sólo por obra de continua y operante atención a esa necesidad real de casi todos los españoles podría vencerse la terrible antinomia política que había traído a España el siglo XIX. Hay, pues, en él, no obstante su condición de "ideólogo", un manifiesto hastío de ideologías y de Historia.

Hastío de la Historia: he aquí la terrible fórmula expresiva de lo que sucede por entonces en el seno de casi todas las almas españolas. La atención de los españoles, tan disparada poco antes hacia los temas históricos más tremebundos, ha pasado desde los "sucesos" y los "pensamientos" a las "cosas" y a los "hechos". Frente a Cánovas y Castelar, retóricos de la Historia, frente a Salmerón, retórico de una mala metafísica, álzanse los trenos y las arengas realistas y sociológicas de Costa y los de su tiempo. Hasta el contenido de su famosa "europeización", dígase lo que se quiera, tiene mucho más de política social que de ideología política. La frase "menos política y más administración" posee ocultas raíces en la actitud inaugurada por el arbitrismo regeneracionista.

España tiene un problema en sí misma, y ese problema es, más que de "ideologías", como vienen diciendo casi todos los españoles hasta la Restauración (6), de "realidades"; enderezando esas torcidas realidades se recobrará por añadidura la perdida unidad de los españoles. Tal es la primera nota que, a mi juicio, define la actitud "regeneracionista". La segun-

(6) No pretendo decir que la actitud de los "regeneracionistas" no tuviese ingredientes "ideológicos". Digo que para ella habían pasado a segundo plano, frente a los problemas "reales" de España que creó o reveló el desastre colonial.

da consiste en admitir que todavía puede ponerse remedio al problema de España. Los hombres de la "regeneración" son unos rabiosos optimistas, pese a todos los tópicos usuales y a las nigérrimas tintas con que describen la España ante sus ojos existente. Creen que España puede llegar todavía a vida saludable y robusta si los españoles quieren y saben ponerse a ello. Basta tener a la vista el último capítulo de *El problema nacional,* de Macías Picavea, o leer el folleto que Costa titula *Los siete criterios de gobierno.* "El español —dice Costa una vez— penetra dentro de sí propio y encuentra por ventura que lleva un hombre en potencia, cabalmente el hombre que nos hace falta" (7). Terrible definición, si se miran esas palabras con mente aristotélica, y rosada esperanza, si se recoge de ellas su fe en un futuro "potencialmente" cierto.

Esta salvación, piensan los "regeneracionistas", pueden conseguirla los españoles por sus propios medios. He aquí la tercera nota de su actitud: la autarquía de España en esta obra de soteriología histórica. Mas para ello habrían de renunciar los españoles a parte de su pasado —"antiaustracismo" de Macías Picavea, imposibilidad de que España viva *sui juris* en el mundo histórico de 1900 (Costa), etc.— y sumergirse en los senos más vivos y originarios de su vida propiamente nacional (8). Se postula una suerte de palingenesia histórica, una re-generación de España

---

(7) *Los siete criterios de gobierno,* Madrid, 1914, pág. 167. Es curiosa la analogía con el optimismo y hasta con la letra de una frase de Ganivet: "Tenemos lo principal, el hombre, el tipo. Sólo nos falta ponerle manos a la obra."

(8) Esta voluntad de "interiorismo" encontrará luego su más clara expresión en el *Idearium español* de Ganivet.

allende su historia conocida, como si nuestro pretérito hubiese carecido de adecuación a las verdaderas exigencias del ser "natural" o castizo de España (9). Las posibilidades históricas del español, nos acaba de decir Costa, están "en potencia" y sólo zambullendo al íbero en su propia vida —esto es, retrotrayéndole a un hipotético e incontaminado origen allende su historia— podría ser esa "potencia" vivificada y convertida en actualidad. En esto y en una correcta administración consistiría la obra del soñado "cirujano de hierro", imposible especie de César "hacia dentro", un César castizo, doméstico y mercantil. Demasiado programa, desde luego, para terminar pidiendo "escuela y despensa" o una ampliación de nuestros regadíos. Lo peor que se puede imputar a Costa es la desproporción entre su tesis fundamental, una palingenesia cuasinietzscheana, y sus caseras recetas para conseguirla. Lo cual no equivale a negar la tosca y ardorosa honradez de su corazón ni la justicia urgente de casi todos sus postulados económicos y sociales.

Tal viene a ser, compendiosamente expuesta, la actitud global de los "regeneracionistas" y de casi todos los que intervienen en el famoso debate por ellos suscitado. Es el caso, empero, que en ese debate se dibujan con toda claridad tres grupos generacionalmente diversos entre sí: las promociones o generaciones de la regeneración, si vale el retruécano. Oigámoslo de

---

(9) Este tema de lo que España "es" por debajo de su historia —cuestión, desde luego, falsamente planteada— se va a repetir luego con toda explicitud. Es el "virginalismo" de Ganivet, la "intrahistoria" de Unamuno, la "gema iridiscente de lo que España pudo ser" de Ortega. Luego veremos cómo se enfrénta Menéndez Pelayo con ese mismo tema.

Cajal, uno de los que entonces echaron su cuarto a espadas: "Yo, al igual de muchos, jóvenes entonces, escuché la voz de la sirena periodística. Y contribuí modestamente a la vibrante y fogosa literatura de la regeneración, cuyos elocuentes apóstoles fueron, según es notorio, Costa, Macías Picavea, Paraíso y Alba. Más adelante sumáronse a la falange de los veteranos algunos literatos brillantes: Maeztu, Baroja, Bueno, Valle-Inclán, *Azorín*" (10). Distingue Cajal, fino histólogo ahora de su propia historia y de aquella España, tres grupos diversos, que a nuestros ojos de hoy constituyen otras tantas promociones de españoles. Está constituído el primero por los inventores y primeros apóstoles de la "regeneración": Costa, Macías Picavea, etc. Son hombres que en 1898 han pasado o están pasando el ecuador de los cincuenta años. Forman el segundo aquellos otros que, atraídos por "la sirena periodística", dejan su trabajo investigador, docente o profesional para terciar en el debate. Estos —entre ellos se cuenta Cajal— acaban de doblar la cuarentena o se hallan llegando a su filo: es la generación de Menéndez Pelayo. Los de la última promoción —Maeztu, Baroja, *Azorín*, etc.— viven entonces el brío de los veinticinco a los treinta y cinco años y disparan sus nombres inéditos a público conocimiento y futura fama: "la generación del 98", llamaremos luego, restringiendo mucho la anchura de tal rótulo, a este último grupo de españoles (11).

---

(10) *Recuerdos de mi vida*, 3.ª ed., Madrid, 1923, pág. 294.

(11) El más viejo de ellos es Unamuno, que había nacido en 1864; el más joven *Azorín*, que abrió sus ojos al paisaje levantino en 1873. La generación del 98, entendida en su más lato sentido, tendría tres promociones: la de Costa y Macías Picavea, la de Menéndez Pelayo y Cajal, y la de Unamuno, *Azorín*, Baroja, etc. Esta última promoción es

Tres grupos de españoles ante el problema de España y otras tantas posiciones en el orden al dolor entrañable que ese problema plantea. Dejo aparte la actitud de la última promoción, puesto que mi actual propósito comprensivo sólo llega hasta la segunda de ellas. ¿Qué singulariza, entonces, al grupo coetáneo de Menéndez Pelayo? ¿Qué diferencia hay entre Costa y Macías Picavea, de un lado, y Cajal, Ribera o don Marcelino, por otro?

Los inventores y primeros apóstoles de la "regeneración" son hombres que llegaron a primera madurez por los años de "la Gloriosa". Por mucho que luego se aparten de aquella vacua, exaltada y locuaz ineficacia que caracteriza a nuestros hombres de 1868, ni Costa ni Macías Picavea logran perder jamás un aire de predicadores laicos y omniscientes. El honrado, encendido arbitrismo de estos hombres viste todavía el ropaje de su primera época: hablan al pueblo, a *todo* el pueblo, con sincero y consecuente *pathos* democrático. Van diciendo al oído de todos los españoles: "España necesita regenerarse; de vosotros, de todos y cada uno de vosotros depende el logro de esa regeneración"; y lo dicen a gritos, con el fuego de la indignación y la pimienta del sarcasmo, en páginas

---

la que habitualmente recibe el nombre restricto de "generación del 98". No perdamos de vista, para calibrar el área de este último grupo, que, como agudamente advirtió Juan Aparicio, a la misma "generación" pertenece don Miguel Primo de Rivera. Con ella se cierra un ciclo de la historia española. El siguiente es abierto, bajo signo algo distinto, por la dispersa generación que encabezan, cada uno a su modo, Ortega y Gasset, d'Ors, Azaña, Angel Herrera, Gregorio Marañón, etc. Nacen estos hombres a la vida pública en torno a 1910, y su secreto destino común será liquidar intelectual y políticamente —cada cual a su modo, como antes dije— los supuestos históricos y hasta el edificio político de la Restauración. Y, naturalmente, en inaugurar otros.

y discursos cuajados de interrogaciones, admiraciones y puntos suspensivos. Con este encrespado ropaje prosódico y ortográfico, Costa y Macías Picavea hablan de todo y a todos. Hay en sus escritos Historia vieja y reciente, Filosofía barata, Sociología, Economía, Agronomía, Derecho, Literatura, Arte... (12). Macías Picavea invoca de continuo el "criterio científico" de su libro; pero basta leer algunas páginas para advertir que sus párrafos son más bien prédica de reformador que monólogo de hombre de ciencia. Los inventores de la "regeneración" —o de la "reconstitución", como con más modestia filosófica e histórica prefiere decir Macías Picavea— son, en suma, predicadores y arbitristas. Sus obras son sermones nacionales. Quieren ser "demagogos", educadores de su propio pueblo: en la caliente voluntad de salvarlo todo y de salvar a todos está la generosa nobleza de su actitud; en la pretensión de saberlo todo, la irremediable manquedad de su empeño. Su ineficacia es la inevitable y desairada ineficacia de todo el que se queda a mitad de camino entre el intelectual verdadero y el caudillo político auténtico.

Muy otra es la actitud de la promoción siguiente. Si los anteriores llegaron a madurez cuando "la Gloriosa", éstos inauguran su vida propia diez o doce años más tarde, en la anhelada calma inicial de la Restauración. Alfonso XII coloca por entonces la primera piedra del Banco de España, prepárase la Exposición

(12) Frente a ellos, Menéndez Pelayo pensaría sin duda lo mismo que acerca de Perojo, uno de sus contradictores en la "polémica de la Ciencia española". Hay en sus obras, como en los alegatos de Perojo,

botánica, blasón, cosmografía,
sacra, profana, universal Historia...

de Barcelona, triunfan Campoamor y el género chico, mejora la Hacienda, y Cánovas pone en marcha la recién estrenada Constitución sobre un doméstico eterno retorno de dos partidos turnantes: el "turno" se ha convertido en categoría histórica.

A favor de tan gustoso remanso, unos cuantos hombres que hacia 1875 salen de la Universidad consiguen cultivar con calma, suficiencia técnica y fruto ostensible su vocación intelectual. Están cansados de tanta ineficaz declamación, más cansados aún que sus hermanos mayores (13). Antes que ganar fama e influencia política disertando en Ateneos y periódicos *de omni re scibili,* prefieren levantar su personalidad en la investigación personal de un dominio concreto del saber, y piensan, con razón, que también eso es patriotismo. En 1882 ya ha publicado Menéndez Pelayo la primera edición de los *Heterodoxos.* En 1880 aparecen en Zaragoza las *Investigaciones experimentales sobre la génesis inflamatoria,* primer trabajo científico de Cajal, y la misma fecha lleva la *Historia del Derecho romano según las más recientes investigaciones,* el libro primogénito de Hinojosa. Entre 1882 y 1885 preparan Codera y Ribera los tres volúmenes iniciales de la *Bibliotheca Arabico-Hispana.*

En 1898 están todos ellos en plena producción y disfrutan ya de sólido prestigio. Sin embargo, su investigación personal no se ha interpuesto como un cendal entre su mente y España. Todos sienten en el tuétano del alma la herida de la Patria. Menéndez Pe-

---

(13) Es muy instructiva a este respecto la descripción que Cajal hace de "la Gloriosa" en *Recuerdos de mi vida,* no obstante, como él dice, "simpatizar con el movimiento liberal y complacerme como el que más en aquellas patrióticas bullangas" (págs. 96-97).

layo deja hasta de contestar las cartas que recibe. El 16 de mayo de 1898 escribe al portugués García Peres y refiere su silencio epistolar a "la tristísima crisis por que está atravesando nuestra desventurada Patria". Entre 1898 y 1900 hay un visible bache en su producción escrita: no más de seis trabajos menudos salen de su pluma a lo largo de esos tres años, cuando sólo en 1892, por elegir el ejemplo de un año calmoso, habían aparecido nueve distintos. Cajal, que a la sazón estaba trabajando sobre las vías ópticas, recibe la "nueva horrenda y angustiosa" —son sus propias palabras— "como una bomba". "La trágica noticia —añade— interrumpió bruscamente mi labor, despertándome a la amarga realidad. Caí en profundo desaliento. ¿Cómo filosofar cuando la patria está en trance de morir? Mi flamante teoría de los entrecruzamientos ópticos quedó aplazada *sine die*" (14). En el curso del año 1890 había publicado Cajal hasta diecinueve trabajos; en los veinticuatro meses de la etapa 1898-1899 sólo ocho. Así todos. "Aquel desfallecimiento de la voluntad fué general entre las clases cultas de la nación", dirá Cajal, dando anchura nacional a su propia experiencia.

¿Será por ventura sorprendente que estos hombres intervengan en el debate de la "regeneración" con actitud distinta de la que adoptaron Costa y Macías Picavea? Cajal sigue la seducción de la "sirena periodística" y participa en el general clamor. El tono general de sus intervenciones periodísticas está visiblemente determinado por su condición profesoral, mas no se aparta gran cosa del que impera en todo el arbi-

(14) *Op. cit.*, pág. 294.

trismo "regeneracionista" (15). Pronto reaccionará, sin embargo, el investigador especializado y sobrio. Confiesa que "no puede releer aquellas ardientes soflamas sin sentir algún rubor". Disgústale en ellas "el tono general declamatorio y cierto aire patriarcal y autoritario impropio de un humilde obrero de la ciencia. ¿Qué autoridad tenía un pobre profesor, ajeno a los problemas sociales y políticos —comenta Cajal—, para censurar y corregir?" Esta actitud del profesor concienzudo ante lo que cree una veleidad suya se halla a cien leguas de la predicación omnilateral de Costa y Macías Picavea. Al cabo de algunos meses recobra el sabio su perdido aplomo y se entrega con ardor a su trabajo personal, el único en que ve una efectiva contribución a la verdadera "regeneración" de España. "Recobrando el equilibrio —concluye— me incorporé al tajo con el antiguo ardor. Humillado mi patriotismo español, quedó vivo y pujante, y aun diré que exaltado, mi patriotismo de raza. Y di cima, al fin, al aludido trabajo, sin perjuicio de plancar nuevas labores para lo futuro" (16).

---

(15) El propio Cajal dará más tarde un resumen de sus recetas "regeneradoras": "Como remedios morales apuntábamos: renunciar al matonismo internacional, a la ilusión de tomar por progreso real lo que no es más que reflejo pálido de la civilización extranjera; desterrar el empleo de adjetivos hiperbólicos, de que tan pródigos fuimos siempre con nuestras medianías, y, en fin, crear a todo trance cultura original. En el orden pedagógico proponíamos: el pensionado de profesores y doctores aventajados en el extranjero; la incorporación a nuestros claustros de investigadores de renombre mundial; el abandono del régimen enervador del escalafón, sustituído por el sistema alemán de reclutamiento del profesorado, etc."

(16) Da bastante qué pensar esa curiosa distinción de Cajal entre "patriotismo español" y "patriotismo de raza". Adviértese en ella la disociación entre el patriotismo histórico y el patriotismo castizo o subhistórico. He aquí una actitud muy típica de nuestro 98.

También don Julián Ribera, el arabista, toma cartas en el debate. Su posición, como la segunda de Cajal, es hostil al verbalismo "regeneracionista". "La fuerza de una nación —dice una vez— no puede consistir en que haya muchos habladores que sepan decir, sino que haya muchos individuos laboriosos que sepan hacer" (17). En un trabajo escrito en 1904 examina el conjunto de la literatura "regenerativa", vitupera "la tendencia sentimental y poco discursiva de los primeros momentos" (18), condena el interiorismo casticista y postula como previa condición para llegar a la buena salud "estudiar fría e imparcialmente nuestras aptitudes". Por todas partes, bajo el hondo y constante dolor de España, se ve al investigador celoso del rigor y de la especializada suficiencia.

La actitud de Menéndez Pelayo frente al problema de España antes y después del 98 se irá viendo en las páginas subsiguientes. Mas no sin apuntar ahora que Bonilla y San Martín, el más inmediato discípulo de don Marcelino, no vaciló en considerar su obra desde el punto de vista de la "regeneración". "A estos fines, de *crítica* de lo presente, de *reconstitución* del pasado y de *regeneración* para el porvenir, responde, a mi parecer, toda la ingente obra del Maestro, inclu-

---

(17) "La regeneración, ¿vendrá por medio de la enseñanza?", en *Disertaciones y opúsculos*, t. II, Madrid, 1928, pág. 506. Textos análogos, y hasta más incisivos, pueden recogerse con facilidad en toda la obra de Ribera. En otro artículo, titulado "¿Patriotismo, necedad o impotencia?", publicado en 1901, se lee: "Cuando oigas ponderar en discursos el inmenso e inconmensurable cariño que los habladores sienten por la Patria española, allá a tus solas quédate dudando un rato... ¿si será patriotismo, necedad o impotencia?".

(18) "El misticismo", *loc. cit.*, pág. 764.

so la literaria" (19). Su posición, ya antigua, frente a tanto gargarismo retórico e ineficaz con los grandes nombres de nuestra Historia, tiene una entrañable semejanza con la de todos los corifeos de la "regeneración", desde Costa hasta Maeztu, pasando por Cajal. Veía en la historia declamatoria al uso "un empalagoso ditirambo, en que los eternos lugares comunes de Pavía, San Quintín, Lepanto, etc., sirven sólo para adormecernos e infundirnos locas vanidades" (20). Como Costa y Macías Picavea, anhelaba ver enfilada la proa de la política española hacia la resolución de los problemas "reales" e "interiores" de España: "Cuando el humo de nuestras fábricas se remonte al cielo; cuando el hierro arrancado a las vísceras de nuestros montes llegue a ser algo más que primera materia preparada para el embarque y arrastre en naves extranjeras; cuando el trabajo de sus hijos devuelva a la patria, centuplicado por la industria, el caudal que de ella ha recibido...", decía en 1909 a los santanderinos congregados en homenaje a su Obispo (21); y cuando, en su amorosa semblanza de Milá y Fontanals, canta con derramado optimismo las excelencias de la Barcelona *noucentista* —encuentra palabras de loa hasta para la arquitectura de Gaudí—, piensa que aquella ciudad industrial y pujante está "destinada acaso en los designios de Dios a ser la cabeza y el corazón de la España regenerada" (22). También en

(19) "La filosofía de Menéndez Pelayo", *Revista de Archivos,* julio-diciembre de 1912, pág. 62.

(20) *Estudios,* VII, 216 (el texto es de 1879).

(21) Cit. por García de Castro, *Menéndez y Pelayo,* Madrid, 1940, pág. 164.

(22) *Estudios,* V, 168 .

la mente del sabio late la idea de una "regeneración nacional". La aversión de don Marcelino por aquella política alicorta y oratoria, con la que tuvo tan fugacísimo contacto, no le impide soñar con una posible política "regeneradora", una política de "realidades" económicas y sociales (23).

Pero Menéndez Pelayo es un profesor, un sabio, y siente, como Cajal y Ribera, el sacro terror pánico de opinar sobre lo que no entiende. "En política, en cuestiones de gobierno —escribía Ribera en el otoño de 1898— se atreven a hablar hasta los más audaces, sin miedo de que los tachen de mentecatos" (24). En 1876, a los veinte años —la edad en que todo español de entonces, y aun de ahora, si tiene mente despierta y alguna lecturilla, se las echa al propio Leibniz— veía Menéndez Pelayo como signo distintivo de la regeneración que con él apuntaba "la buena condición de no tratar cuestiones que no entienda". He aquí la causa en cuya virtud calla don Marcelino a la hora del omnisciente arbitrismo regenerativo y dedica las escasas fuerzas que el dolor de España le deja libres a pargeñar *Nuevos datos acerca de Prisciliano* o a comentar *La Celestina,* sus dos únicos trabajos de 1899.

La generación de Menéndez Pelayo es una generación de profesores, de sabios pulcramente atenidos al ámbito de su específico saber. Todos aman a España en las telas mismas de su corazón, pero creen ser-

(23) En una carta a Pereda (25-III-1901) habla de Gabino Tejado con estas palabras: "La política le estropeó, como a tantos otros." No deja de ser curiosa la analogía entre las intervenciones políticas de Menéndez Pelayo, por el lado conservador ,y Cajal por el lado liberal. Ambos sienten la llamada de la política y ambos la abandonan con presteza, enteramente desencantados.

(24) *Loc. cit.,* t. I, pág. 495.

virla mejor con su diario trabajo investigador que derramando en discursos y soflamas ese cordial amor a España. A veces, *ex abundantia cordis,* sale de sus plumas un grito de dolor o asoma a sus labios el ansia nacional, hasta que el patriotismo profesoral sofrena la voz anhelante del patriotismo sentimental y difusivo. No es una generación de poetas, sino de sabios. A la generación de los predicadores (Costa, Galdós, Macías Picavea) sigue una de sabios (Menéndez Pelayo, Cajal, Ribera, Hinojosa), y a ésta otra de literatos, y aun de "literatísimos", la llamada "del 98" (25). Cada una se ha enfrentado a su modo con España en la hora crucial de 1898: unos con la derramada pasión del agitador, otros con callado trabajo técnico, otros indagando literariamente las raíces vivas de una supuesta España originaria y pura. Todos han sentido en sus tuétanos la emoción de la palingenesia renovadora (26). ¿Acaso no se ve el signo distintivo de

(25) Véase en la expresión anterior un esquema. Me refiero, como es obvio, al grupo que "da el *tono*" a cada generación. En la generación de Menéndez Pelayo hay literatos (Palacio Valdés, Pardo Bazán); pero convengamos en que todos ellos son menos "artistas de la literatura" que los del 98 (*Azorín,* Valle-Inclán, Unamuno, Machado) y menos "ideólogos" que los escritores de la generación de Costa y Galdós. Es cierto también que en la generación española "del 98" hay sabios: ahí están Menéndez Pidal y Asín; pero lo son continuando y afinando por su cuenta —egregiamente, sin duda— el esfuerzo de la generación anterior, de la que son discípular renuevo y superación. El tono distintivo del "98", tal como suele entenderse esta denominación, lo dan los literatos, no los sabios.

(26) Es curioso, por ejemplo, que Menéndez Pelayo vea la "regeneración" del lenguaje, como Unamuno, en una vuelta palingenética al casticismo popular y campesino. "Hay que volver a la lengua viva de los rústicos —dice don Marcelino al final de la *Historia de las ideas estéticas*— siempre que se quiera infundir nueva savia a una lengua empobrecida por la etiqueta académica y cortesana, y por el abuso del espíritu de sociedad" (*Ideas,* ed. de la Col. de Escritores Castellanos, V, 244).

la generación nueva hasta en la misma política de la Restauración? ¿Por ventura no tiene detrás una actitud a la vez regenerativa y técnica, casi profesoral, aquel intento de Maura, el político de la generación de Menéndez Pelayo y Cajal, enderezado a reformar el artificioso sistema de Cánovas? ¿Acaso no intentó Vázquez de Mella, poco más joven que Maura, "regenerar" el cuerpo anquilosado del viejo carlismo?

Si la reacción al dolor del 98 es la piedra de toque para el formal deslinde de estos tres grupos españoles, la causa eficiente de su diferencia hay que buscarla unos años más atrás. Desde los quince a los treinta años de su vida va el hombre adquiriendo definitiva conciencia de su propia personalidad. Cuando queramos conocer el mundo interior de un hombre adulto, preguntémonos inmediatamente por el medio histórico y social que dió marco y pábulo a esos quince decisivos años de su vida. Costa, Macías Picavea y Galdós han vivido la disociación de la Monarquía isabelina, y con veintitantos años asisten a la llamada "revolución de Septiembre". Los coetáneos de Menéndez Pelayo gozan en su plena juventud la paz anhelada y modesta de la Restauración. "Los del 98" —me refiero, como es obvio, a la última promoción— salen a la vida respirando la oquedad de nuestro fin de siglo, cuando, pasadas las primeras mieles del codiciado reposo, empieza a advertirse la radical inconsistencia del artilugio canovista.

Esa situación histórica de la generación de Menéndez Pelayo determina las líneas fundamentales de la común actitud. Todos ellos quieren, más o menos deliberadamente, salir por fin de la polémica estéril y sangrienta que desde 1812 hasta 1875 ha sido nues-

tro siglo XIX. Pero, así como los Cánovas y los Sagasta buscan la receta en el artificio político, unos cuantos jóvenes del 1878 la ven en el trabajo personal y creador. Por vez primera se habla con seria eficacia en la España ochocentista de una investigación científica personal. Un imperativo, el de "estar al día" con cierta suficiencia técnica, se adueña de muchos espíritus a esa hora insobornable en que el hombre descubre su persona y su vocación. Son los años heroicos en que Menéndez Pelayo compone febrilmente los *Heterodoxos,* se emborracha el ojo de Cajal sobre el ocular del microscopio, estudia ardorosamente Maura, después de cumplir su agotadora tarea de pasante en casa de Gamazo, y aprende Ribera con empeño concentrado la técnica de la tipografía árabe. Trabajo personal técnicamente suficiente, estar al día, creación original de cultura: tales son las notas diferenciales e inéditas de una generación de españoles. Ellas son también las que, convertidas ya en hábitos del alma, determinarán la común actitud de todos ellos cuando España, la misma España, se haga en 1898 urgente y doloroso problema (27).

---

(27) Algún lector ingenuo, si es que quedan de éstos, se extrañará viendo incluídos en un mismo grupo histórico —una "generación", en este caso— a hombres que tanto discreparon por el contenido religioso y político de su pensamiento. Quien así se extrañe deberá pensar que en la participación de un hombre en la Historia cabe distinguir el contenido y la forma de tal participación. Según el *contenido,* uno puede ser, por ejemplo, católico, protestante o mahometano, médico, pintor o filósofo. Pero este contenido puede adoptar *formas* históricas distintas: católicos y protestantes, médicos y pintores pueden ser renacentistas, románticos, burgueses, etc. Las "épocas" (Edad Media, Renacimiento, etc.), los "siglos" el *quattrocento,* lo "dieciochesco", etc.) y los "pueblos" (el pueblo helénico, el pueblo inglés, etc.) son, mientras la Historia no se

La peculiaridad de Menéndez Pelayo debe ser considerada dentro de este cuadro generacional. Esa semejante posición de Menéndez Pelayo frente a muchos hombres maduros de su tiempo, cualquiera que fuese su rótulo político —Salmerón y Azcárate, por un lado, Pidal y Ortí y Lara por el otro—, se halla en buena parte condicionada por el *pathos* radical y originario de toda su generación, y es en cierto modo equiparable a la posición de Cajal ante algunos de los santones de San Carlos cuando vino a Madrid para examinarse del Doctorado. La aparición de Menéndez Pelayo en el horizonte de las letras españolas será luego singularísimamente matizada por la virtud configuradora de su acendrado catolicismo, por su condición de historiador y de fabuloso erudito, por su brío polémico, etc.; pero antes de indagar lo que de estrictamente personal tienen sus primeras obras —esto es, la diferencia de su personal definición— era conveniente ver con algún detalle el género próximo en que se halla incluído por haber comenzado a pensar con personalidad propia en los primeros años de la Restauración.

PEDRO LAÍN ENTRALGO.

---

sistematice de modo mejor, que buena falta hace, las grandes categorías de la *forma* histórica.

Pues bien: las unidades elementales de la forma con que uno participa en la Historia son, indudablemente, la biografía y la suma histórica de biografías coetáneas que llamamos *generación*. Dos hombres pueden discrepar en muchas cosas, hasta pelear por ellas entre sí, y, sin embargo, coincidir en su pertenencia a una misma generación. En las páginas precedentes me ha ocupado con alguna extensión el tema de la biografía, y aún quedan por decir en él tantísimas cosas. Tal vez en otra ocasión intente ordenar algunas ideas ajenas (Pinder, Ortega, etc.) y propias sobre el tan manoseado tema de la generación.